

Introducción

No hay ninguna cuestión que haya suscitado controversias más apasionadas que el estudio de todas esas agrupaciones a las que se ha dado en calificar de «sociedades secretas». Pero, como fácilmente se puede observar, las agrupaciones más diversas han sido asimiladas a las «sociedades secretas» en todas las épocas: poblaciones enteras, como, por ejemplo, los judíos, han llegado a ser consideradas como organizaciones que se movían misteriosamente entre las sombras. Y lo mismo ha ocurrido con ciertas órdenes religiosas, como la de los jesuitas, a quienes tradicionalmente se les han atribuido toda suerte de intrigas subterráneas... Dado que la expresión «sociedad secreta» ha sido habitualmente empleada a diestro y siniestro, para una obra como ésta, que trata sobre dicho tema, resulta imprescindible, de entrada, definir lo más exactamente posible qué es lo que se entiende al emplear las dos palabras citadas¹.

Empleo abusivo de la expresión

Se hace necesario resaltar, antes de nada, que todas las agrupaciones que han intentado sustraerse a la atención general no han sido, necesariamente, lo que se suele conocer como «sociedades secretas». Tanto es así que numerosos miembros de determinadas organizaciones que no eran clandestinas, sino que estaban muy lejos de serlo, en tiempos normales y tras padecer diversas persecuciones, se

¹ Son muy numerosas las obras que consideran a todas las sectas religiosas como sociedades secretas, algo que, sin duda, está muy alejado de la realidad.

vieron obligados a constituir momentáneamente otros grupos que presentaban ciertas analogías externas con las sociedades secretas. (Ejemplos: la Iglesia católica durante el Imperio romano, los protestantes franceses tras la revocación del Edicto de Nantes...)

Por otra parte, todas las organizaciones de tipo oficial o gubernamental que, a veces, son consideradas como sociedades secretas se salen del marco de esta obra. Eso es lo que ocurre con la Inquisición, la cual, con su temible presencia y sus múltiples espías y afiliados, no llegaba a constituir una sociedad secreta, y ello a pesar de que las actividades de algunos de sus miembros fueran totalmente clandestinas y misteriosas, a la manera de algunos célebres cuerpos policiales.

Sociedades secretas políticas y sociedades secretas iniciáticas

Según A. Lantoiné², se puede distinguir entre dos clases de sociedades secretas:

1. *Las sociedades secretas «políticas»*. Son asociaciones que buscan disimular su actividad o, al menos, el nombre de sus miembros, y cuyas acciones están encaminadas a alcanzar determinados logros, bien sea al margen de los organismos oficiales (es el caso de las sociedades con objetivos justicieros), o bien, y esto es lo más frecuente, en contra del poder establecido (que es el caso de las sociedades «políticas» propiamente dichas). Lo que primordialmente caracteriza a estos grupos, y a pesar de lo muy organizados y jerarquizados que pudieran estar, es su duración limitada. «Las sociedades secretas no perduran si sus objetivos no dominan el factor tiempo. Si el objetivo es político, éste se apaga forzosamente en el mismo momento en que declina la causa que la hizo nacer» (A. Lantoiné). Más adelante veremos las agrupaciones criminales.

² *Les sociétés secrètes actuelles en Europe*, PUF, París 1940.

2. *Las sociedades secretas «iniciáticas»*. Estas sociedades no buscan, en absoluto, disimular su existencia (salvo las que se ven perseguidas). Incluso hoy en día, sus leyes, su historia, sus lugares de reunión, sus doctrinas y, muy a menudo, los nombres de sus miembros no son ningún misterio para nadie. Estas agrupaciones no guardan, realmente, «en secreto» nada más que sus ceremonias –a las que no pueden asistir los profanos– y sus signos de reconocimiento mutuo, que permiten a sus afiliados reconocerse entre sí. Lo que las diferencia de una simple sociedad «cerrada» es que estas organizaciones hacen pasar a sus afiliados por un proceso de «iniciación» y tienen unos ritos más o menos complicados, por medio de los cuales celebran una suerte de culto (véase, más adelante, lo que se entiende por tal).

La distinción es, por lo tanto, bastante difícil de hacer en ciertos casos: esto ocurre en el caso de sociedades que, si en sus principios eran de carácter iniciático, derivan, posteriormente, hacia objetivos políticos. Así ocurre, también, con agrupaciones cuyos fines eran estrictamente temporales y que, posteriormente, se vieron en la necesidad de adoptar una jerarquía y unos ritos análogos a los de las sociedades iniciáticas.

Vamos ahora a estudiar lo que los afiliados entienden por *iniciación*, porque este término, a fuerza de haberse visto aureolado por un misterioso prestigio, ha acabado por perder toda la precisión de su sentido en el lenguaje popular.

La iniciación: sus características y sus objetivos

De una manera muy general, la iniciación se puede definir como un proceso destinado a realizar psicológicamente en el individuo el paso de un determinado estado de su ser, reputado inferior, a otro estado superior, es decir, la transformación del «profano» en «iniciado». Por medio de una serie de actos simbólicos, de pruebas tanto físicas como morales, se trata de dar al individuo la sensación

de que «muere» para, después, «renacer» a una vida nueva (de ahí la expresión tan frecuentemente utilizada de «segundo nacimiento»). De una forma más precisa, en la iniciación se pueden distinguir tres elementos netamente diferenciados, si bien complementarios entre sí:

1. *La «iniciación» propiamente dicha*, que es la introducción de alguien en un mundo «superior», en un estado psíquico «más perfecto» que el estado profano. Llevada hasta sus límites más extremos, la iniciación se convertiría en una verdadera «deificación»: en efecto, en tal caso su objetivo sería el de conducir al ser «más allá de todo estado condicionado». (Tanto es así que René Guénon ha escrito: «No se trata aquí de comunicarse con otros seres, sino de alcanzar un determinado estado supraindividual y realizarse uno mismo en él, aunque no, por supuesto, en tanto que individuo humano, lo que sería evidentemente absurdo, sino como el ser que se manifiesta como individuo humano en un cierto estado y que, además, posee en él mismo las posibilidades de todos los demás estados».) Así pues, la iniciación es una realización puramente interior del ser humano, es decir, la realización de una posibilidad que el individuo lleva previamente en él, aunque en estado virtual. Así, por ejemplo, los «ritos de pasaje» que se dan en las sociedades primitivas (véase algo más adelante) «realizan» la mutación de la infancia a la edad adulta; y, sin embargo, el adulto está «potencialmente» en el niño...

Veamos, ahora, cuáles son las características generales de una iniciación entendida de tal manera:

–Con toda seguridad, el «profano», para poder convertirse en «iniciado», debe estar provisto de ciertas disposiciones particulares. Los autores especializados insisten, con mucha frecuencia, en la existencia de unas aptitudes naturales que hacen «inicialable» al «profano», aptitudes sin las cuales los ritos se quedarían en papel mojado...

–Pero un individuo no puede «iniciarse» por sí mismo. (Además, la palabra «iniciado» proviene del término latino *initium*, «comien-

zo», y, por extensión, «entrada». El «iniciado» es, pues, aquel que se encuentra «situado en el camino».) Y es en esto, precisamente, en lo que el iniciado se distingue del místico, que es, en la mayor parte de los casos, alguien aislado, un «irregular»³: en efecto, un individuo no puede ser iniciado salvo que lo sea por una organización «iniciática» (y de ahí el carácter *social* de la iniciación). Sin embargo, y por lo que respecta a sus rituales, lo que la organización enseña al afiliado novel no es una *doctrina* propiamente dicha. Ésta tan sólo le transmite aquello que R. Guénon llamaba una «influencia espiritual». En este sentido, lo que han hecho los adeptos ha sido desarrollar intensamente el carácter, «incomunicable al profano», de la iniciación, porque de lo que se trata en esta última es de llegar a ciertos estados que hay que realizar interiormente. «Lo que se puede enseñar», escribe Guénon, «son solamente los métodos preparatorios para la obtención de dichos estados. Lo que se puede proporcionar desde fuera a este respecto es, como mucho, una ayuda, un apoyo que le facilite sensiblemente el trabajo que debe hacer, así como, también, un control que permita sortear los obstáculos y los peligros que se pueden presentar». El «secreto iniciático» es, por su propia naturaleza, inexpresable, y únicamente la iniciación puede dar acceso a su conocimiento. Ya el propio Aristóteles escribía, a propósito de los Misterios de Eleusis, lo siguiente: «No aprendáis, poned a prueba». En dichos misterios, en efecto, no se aprendía una doctrina secreta, sino que se ponían a prueba los sentimientos⁴. El «secreto iniciático» es verdaderamente incomunicable, porque cada uno «personaliza», de alguna manera, los dones del simbolismo tradicional que tienen los ritos. Y, así, los escritores masónicos pueden sostener, sin caer en la paradoja y a pesar de que los «profanos» conocen sus ritos hasta en sus menores detalles, que el «secreto masónico» no ha podido, sin embargo, ser penetrado nunca ni puede serlo. «No hay otro secreto en nuestros misterios»,

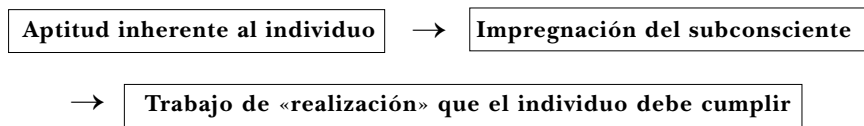
³ Es la expresión empleada por R. Guénon.

⁴ J. Croissant, *Aristote et les mystères*, E. Droz, París 1932.

escribe un masón, G. Pesigout, «que el que reside en el inviolable asilo de las palabras». El mecanismo psicológico por medio del cual operan las diversas «pruebas» –que van desde lo aterrador hasta lo más extraño, que se puede encontrar en todas las sociedades secretas místicas y que podrían parecer absurdas a quien las estudia de una forma meramente superficial– es excelente y muy activo. Veamos, a tal respecto, cuál es la teoría de otro masón eminente, J. Boucher: «Los ritos actúan a través de una especie de impregnación del inconsciente, al que dan una potencia y una eficiencia reales»⁵.

–En consecuencia, y por medio de la iniciación, el ser «se realiza» de una manera «auténtica», haciendo pasar sus posibilidades latentes de la potencialidad al acto. Una vez se pasa por ella, la iniciación se convierte en «permanente», proporcionando estabilidad a un estado adquirido de una sola vez y por todas, y al que, según los adeptos, ya nada lo puede hacer desaparecer. Por ello, a R. Guénon le resulta absurdo hablar de un «ex masón», porque la calidad de masón es inamovible.

–Finalmente, es preciso decir que la iniciación no es un proceso pasivo, sino esencialmente activo, por lo cual permanece en un estado de mera virtualidad si el individuo no coopera con todo su ser. Los teóricos de la masonería explican la mediocridad en la que se perpetúan ciertos Hermanos, incluso después de su iniciación, de la siguiente manera: «En la masonería, no seréis nada más que lo que hayáis hallado por vuestros propios medios» (O. Wirth). En resumen, el proceso iniciático es triple:



⁵ Estos ritos producirían, en su conjunto, unos efectos próximos, en cierta medida, a los de una terapia psicoanalítica.

2. *Los ritos iniciáticos*, que son, esencialmente, «pruebas» físicas o morales que aspiran a actuar sobre el psiquismo del individuo. A veces se llevan a cabo en público (por ejemplo, en el caso de los ritos que marcan el paso de la adolescencia a la edad adulta entre los pueblos primitivos), aunque lo más frecuente es que tengan lugar en secreto. Los ritos iniciáticos practicados por las sociedades secretas son, por definición, «misterios», que el neófito, por medio de un solemne juramento, se compromete a no revelar jamás a los profanos.

–Se considera, además, que los ritos iniciáticos tienen una eficacia inherente que no depende de la valía del individuo que pasa por ellos: en este caso, lo que cuenta es la función y no el oficiante (al igual que los sacramentos religiosos, no dependen del valor moral del presbítero que los confiere). Por otra parte, estos ritos deben ser observados hasta en sus menores detalles, porque, en caso contrario, no se obtendrá ningún resultado efectivo. Pero, y ésta es una diferencia capital, a la inversa, por ejemplo, que en el bautismo cristiano, que es efectivo cualquiera que sea la disposición del neófito, el rito iniciático quedará totalmente sin efecto si no es conferido a un individuo iniciable, es decir, susceptible de ser iniciado.

–Finalmente, cabe mencionar que estos ritos siempre acuden a los símbolos: en efecto, todo rito posee un sentido simbólico en todos y cada uno de sus elementos constitutivos, en el sentido de que tan sólo los «iniciados» son capaces de interpretarlos, al menos en principio. E, inversamente, «todo símbolo produce, a quien medita con la disposición necesaria, efectos rigurosamente comparables a los de los propios ritos» (R. Guénon). Es por ello, precisamente, por lo que la iniciación se encamina siempre hacia el conocimiento.

3. *La jerarquía iniciática*. El iniciado tan sólo podrá, muy poco a poco, transformar su aportación intuitiva inicial en conocimiento: la vía iniciática es, según se dice muy frecuentemente, «activa», «prolongada» y «laboriosa» para el individuo que la aborda. De ahí la existencia de una jerarquía en todas las organizaciones iniciáticas: los diversos grados marcan las etapas del sendero, los niveles o grados relativos de perfección que alcanzan los iniciados. Toda una

organización, a menudo sumamente complicada, se encarga de la elección de los adeptos y de su respeto a las tradiciones; además, se ha de observar un avance gradual en la progresiva revelación de los ritos a los afiliados.

Iniciación y esoterismo

La palabra «esoterismo» proviene de la voz griega *eisôtheô* («dentro», «yo hago entrar») y la significación del término nos retrotrae inmediatamente a su etimología. «Hacer entrar es abrir una puerta, ofrecer a los hombres del exterior la posibilidad de penetrar en el interior. Simbólicamente, es revelar una verdad escondida, un sentido oculto. De hecho, todos estos sentidos están contenidos en esa palabra, que significa exactamente «doctrina secreta», una explicación del mundo revelado ante una asamblea escogida, aislada de la locura exterior y que se transmite oralmente a los iniciados» (J. Marquès-Rivière).

1. Ya hemos visto que la iniciación no es, en sí misma, conocimiento y que los «misterios» no consisten, habitualmente, en una exposición dogmática de una determinada doctrina, sino en una serie de operaciones y de ritos destinados a producir en el individuo una sensación de muerte, seguida de una resurrección, de «un nuevo nacimiento». Sin embargo, y a través de la sorprendente plasticidad de los símbolos utilizados en los diversos rituales, ceremonias, técnicas, leyendas sagradas y representaciones iniciáticas, se puede hallar una amplia serie de temas sobre los que se sustentan los ritos y las pruebas en los cultos místéricos: temas implícitos, variables aunque muy cercanos los unos a los otros, a partir de los cuales se podría elaborar una suerte de fenomenología. Las iniciaciones comienzan por un «viaje» a través de las tinieblas, en el curso del cual se ofrecen, en presencia del recipiendario, escenas espantosas y se le somete a diversas «pruebas» destinadas a provocarle la sensación de que ha muerto. «El alma, en el momento de la muerte»,